

Moral y Elegancia

Por ANTONIA ROURA



Con este título, pretendemos hacer evidente bajo el punto puramente estético, que el decoro de la mujer, es auxiliar imprescindible para su elegancia. En vano pueden los modistos presentar como solución modelos indecentes que debería avergonzarse de ostentar toda mujer sensata, más dejando aparte la evolución de las modas, es preciso reconocer que el tipo femenino siempre resulta más esbelto y atractivo si sus trajes están en armonía con la moral.

En esta página presentamos un modelo, veraniego, en el que podemos admirar su elegancia, sencillez y modestia.

En cuanto a la medida de falda, no cabe discusión, ya que la actual se acomoda perfectamente a la moral; pero queremos hacer notar lo muy ridículos que resultan aquellos trajes, que en el verano del 47, con tanta ostentación se lucían, y ello no es debido a la evolución de las modas, puesto que una falda larga proporciona una elegancia y finura que jamás pueden ofrecer las ridículas a que hacemos referencia. Las faldas proporcionan además, un aire más femenino y jovial, si están confeccionadas con abundancia de vuelo, ya formando graciosos pliegues o fruncidos; actualmente se quiere introducir la falda estrecha, pero es de un gusto fino la falda ancha.

A pesar de la contradicción de casi la totalidad de modelos actuales, las mangas son siempre un complemento de elegancia, y hemos de confesar, que dejando aparte el ridículo sistema de poner la moda como primer elemento para calificar la estética, un traje, resulta siempre más atractivo, con unas bonitas mangas que denoten a la vez que la perfección de hechuras el buen sentido moral de quien así viste.

Hay que notar como predominan en los trajes de esta temporada, cuellos grandes y notables; que hacen resaltar la belleza del rostro, aunque también los escotes exagerados que nunca debe aceptar la mujer, por atacar directamente su recato. En el modelo presentado hay armónica solución.

En los números sucesivos, iremos dando algunas orientaciones de moda y elegancia en el vestir, sin apartarnos de la moral.

Talco Diabliño
¿Tora su bebé? Es que necesita el

Depilatorio Diabliño
El MEJOR Depilatorio para sus brazos y piernas
¿ más sobre

Anuncio expreso

Al habla con el "Campaner"

Realizada por FRANCISCO GARRELL

CUANTO se refiere a nuestra Parroquia nos interesa, por ello pasa hoy por nuestra sección de inter-vius don Carlos Melilles, campanero de la iglesia de San Esteban.

Respondiendo amablemente a cuanto le preguntamos, después de una breve charla introductoria, nos va dando su ficha biográfica, diciéndonos que tiene 64 años —voy a hacer 65, precisa—, de los cuales 27 los ha dedicado al oficio que ahora desempeña y en el que sustituyó al señor Ramón cuando éste pasó, de portero, a una fábrica de hilados. Naturalmente, estos años se distribuyen en tres periodos, periodos que corresponden a otros tantos de la vida de nuestra Parroquia: el primero lo constituyen los años anteriores a la guerra, el segundo es el de la época en que la iglesia estuvo en el local del cine "Mundial" y finalmente el tercero es a partir del año 1949.

—¿Satisfecho?

—Hasta este momento todo en el oficio me ha gustado muchísimo. Desde luego es mucho mejor que tener que trabajar el campo, cosa que también debo hacer.

El campanero viene a ser algo así como un padre de los monaguillos, por ello le pedimos su opinión sobre éstos.

—Los de estos últimos años son tremendos; hace unos cuatro años había José Requena y José Corominas, que éstos sí que puede decirse que eran unos modelos.

—Tratándose de una intervención con el "campaner" no puede faltar desde luego la alusión a las campanas, ¿cómo prefiere usted su oficio, con o sin ellas?

—Desde luego con ellas, su sonido reconforta; la iglesia sin campanas da siempre una sensación de estar incompleta y además con lo bonitas que eran las seis que había antes de la guerra, uno no sabe contentarse ahora con los y sin duda ni de tan buen sonido ni tan bonitas como aquéllas.

—¿Recuerda sus nombres?

—Ya lo creo, se llamaban: Esteban, Juana, Ramona, Carnicera, María y Jesús. Las recuerdo como si las tuviera presentes todavía y también recuerdo con dolor cómo los rojos fueron tirándolas del campanario.

—¿Puede contar para los lectores una anécdota de su vida de campanero?

—No sé si puede llamarse anécdota,

pero es un caso vivido que puede quizá interesar. Cuando los rojos iban a quemar la iglesia vinieron a buscarme a mí el templo. Antes de marcharnos les incasa, diciéndome que les siguiera hacia vité a tomar un vaso de vino de mi viña, cosa a la que rehusaron por miedo a que les envenenara. Al llegar a la iglesia me quitaron el dinero que llevaba y cogieron las joyas y cuanto de valor había allí; después de hacer un registro pegaron fuego al templo con unas antorchas. Era esto a últimos de agosto del 1936. Dos días después me fui de noche a la iglesia y vi con sorpresa que aún habían quedado escondidos siete cálices y dos incensarios; los metí en una caja y me fui con mi hijo Salvador a esconderlos en un campo de mi propiedad, sito en Vilanova de la Roca; allí permanecieron tres años, hasta la terminación de la guerra. Aún se conservan ahora en la Casa Rectoral de la Parroquia.

El reloj viene a poner fin a la entrevista; son las ocho menos cuarto y don Carlos tiene faena a preparar las cosas para el Rosario y Exposición del Santísimo, además hay que llamar a los fieles con la única campana que para ello queda.

C h a m p á n d e C a v a G O M Á